

Alejandra Pizarnik y el miedo de la poesía¹

Cold in hands blues

*y qué es lo que vas a decir
voy a decir solamente algo
y qué es lo que vas a hacer
voy a ocultarme en el lenguaje
y por qué
tengo miedo*

El miedo es un protagonista indudable en la poesía de Alejandra. ¿Por qué?

El miedo está ligado a sus “figuras de presentimiento”, la presencia del miedo da cuenta de que se ha tomado contacto con algo, algo ha sido sabido. Bajo qué figuras se lo representa será otra cuestión.

¿Por qué ocultarse en el lenguaje?

¿En qué ocultarse cuando ha sido el lenguaje mismo quien le reveló su costado de intemperie?

Alejandra es conciente de la verdad del desamparo.

Ella se hizo portadora de un lenguaje que desnuda las cosas.

Dice en: “Fragmentos para dominar el silencio”,

“Cuando a la casa del lenguaje se le vuela el tejado y la palabras no guarecen, yo hablo”

¿Cuál es el tejado del lenguaje? ¿Cuándo el lenguaje protege y cuándo desampara?

La palabra protege y cubre, cuando defiende del silencio, en Alejandra, en el silencio, no hay silencio, se hacen oír las voces. Es un silencio hendido por el canto de los

¹ Hablar de la poesía de Alejandra Pizarnik es hablar de Alejandra. Su poesía es la escritura de Alejandra, en el doble sentido del término, es su escritura, porque Alejandra escribe y es también lo que se escribe de Alejandra. Ante esta amalgama no se puede hablar sino de ella y su poesía. Lo que aquí se diga será a partir de lo que se desprende en lo que está escrito. Es una lectura de ello, no pretendemos hacer psico-biografía ni que esto sea ninguna psicología de la autora. Hablaremos de la Alejandra que leemos en sus escritos.

enlutados. La palabra silencio está ligada etimológicamente a la palabra silente, y ésta a los muertos, los silentes.

La palabra protege y cubre cuando sus ligaduras semánticas aseguran un statu quo, un mundo construido a imagen y semejanza de la esfera del yo.

En el transcurso de su obra asistimos a un paulatino estallido de la palabra y a un lenguaje que se abisma cada vez más.

Partamos del poema “El despertar” (ver al final)

Señor

La jaula se ha vuelto pájaro

y se ha volado

y mi corazón está loco

porque aúlla a la muerte

y sonrío detrás del viento

a mis delirios

Qué haré con el miedo

Qué haré con el miedo

Hay un despertar que se inicia cuando el pájaro ha perdido su jaula, es decir cuando se ha volado su protección y ahí, produce un salto, un salto que la llevará a “otra orilla”, “otro lado”, salto que marcará la heterogeneidad de un lado y otro. No es simplemente cruce de aquí a allá, es un cruce en el que se produce un despegue, una torsión que no vuelve atrás. Un movimiento que la deja sola de una soledad que no puede volver a cubrir. Se está solo.

Dice en Sala de psicopatología:

“pero le pasó (a Kafka) lo que a mí:

se separó

fue demasiado lejos en la soledad

y supo –tuvo que saber-

que de allí no se vuelve”

Alejandra habla de separación, se-pare, tenemos ahí conjugados la separación, la parición y también la partición, la poeta habla de su partir, un partir que la parte, su poesía va a dar testimonio de ello. Leemos en: “La última inocencia”: *“He de partir. Pero arremete, ¡viajera!”*

Primero entonces el despertar y con él, el miedo.

Fijémonos en la figura que utiliza, “la jaula se ha vuelto pájaro”, eso es una torsión, obra de un poeta. No es que la jaula se abrió, se derribó, etc., se hizo pájaro y se voló, es otra cosa, imposible volver atrás cuando lo que se produce es una mutación. Primer salto. Ahí, frente a lo que se ha disuelto, el miedo. ¿Qué haré con el miedo?

Los primeros versos dan cuenta de una liberación, delirio, corazón loco, que aúlla a la muerte y sonrío. Pero ni bien aparece el miedo desaparece la sonrisa, y la muerte enseña a vivir a los muertos. El vacío no vacío, se escuchan los gritos de los condenados y sus nombres, los de la poeta, ahorcados en la nada.

Este es un punto importante, podemos hipotetizar que pierde un modo de nombrarse. Ella ha dejado atrás el nombre con el que la llamaron en su infancia: Flora, y comienza a nombrarse con su segundo nombre: Alejandra.

El último poema del libro: “La última inocencia” hace referencia a su nombre, “alejandra, alejandra debajo estoy yo alejandra”. Inmediatamente después sigue el otro libro: “Las aventuras perdidas”.

Volviendo al poema, dice: “He consumado mi vida en un instante (...) Ahora es nunca o jamás o simplemente fue”

Es el instante del despertar, momento de quiebre fecundo, de fecundidad, de darse a luz. Pero ese tiempo del ahora se hace inasible, es nunca o jamás, lo que se perdió disuelve la consistencia del presente. También la vida consumada es nunca o jamás, modos de nombrar lo que no será, lo que no fue.

Una digresión en esto, hablando de ese instante, Cesar Aira, en su libro: “Alejandra Pizarnik”, menciona como característica de la poesía de ella, la brevedad, y la vincula a un presente, a un instante de invención, no rememoración ni recuerdo.

Ese tiempo de la poesía como en el Haiku, la brevedad y sin moraleja. Es una pincelada que dibuja un instante y queda para el lector la posibilidad de elegir, de decidir la lectura, como dice Hanna Arendt.

Volviendo al poema, la lógica es impecable, acto seguido de decir “he consumado mi vida en un instante”, habla del suicidio frente al espejo, es decir que la que debe morir es la del espejo, su imagen, su identificación. Desaparecer para reaparecer en el otro lado. Leemos aquí como se anticipan ciertos elementos que aparecen en poesías futuras. Dirá en *Árbol de Diana*,

“Explicar con palabras de este mundo que partió de mí un barco llevándome”.

Momento de afánisis, desaparecer para reaparecer en otro puerto.

Las venas, canal de su sangre, muy presente en su poesía, extraídas para lograr esa escala al otro lado de la noche, ¿del espejo?

El principio ha dado a luz el final, invierte la lógica habitual donde lo que se da a luz es el principio, y en eso canta “la tristeza de lo que nace”. Así se acerca más a la verdad, en la que cada cosa que nace lleva en si el germen del final.

Pero los brazos insisten en abrazar el mundo porque aún no les enseñaron que es tarde, que ya hay un mundo que terminó para ella. “Señor arroja los féretros de mi sangre”, lleva los muertos en las venas, las mismas que podrían ser el puente.

Leyendo sus poemas se tiene la sensación que no cesa de escribir ese despertar, o es un despertar que no cesa. Un despertar sin fin. Murió de estar despierta. Como lo subraya Aira al decir: murió de insomnio, ingiriendo una sobredosis de pastillas para dormir.

El libro que continua es: “*Árbol de Diana*”, un verdadero testimonio de esa luz hecha escritura.

El prólogo de O. Paz lo anticipa. Y comienza con el salto.

He dado el salto de mí al alba.

He dejado mi cuerpo junto a la luz

Y he cantado la tristeza de lo que nace.

En ese salto se verifica un recurso poético que Aira nombra como **dislocación del sujeto**.

Este es un recurso poético, o un artificio de lenguaje que puede aparecer también en un sueño. Consiste en hacer pasar al registro del enunciado un elemento de la enunciación.

La dislocación se pone de relieve haciendo cruzar los dos carriles, el del enunciado y el de enunciación. Aira toma como ejemplo de esto, el sueño que relata Freud y que retoma Lacan, sobre el padre muerto que aparece en el sueño, en el que el soñante dice: “Él no sabía que estaba muerto”.

La virtud o eficacia poética de este recurso se verifica en la posibilidad de expresar ese gesto de sustancia inasible, el instante de enunciación. Ese “gesto” que puede quedar inscripto más allá de los enunciados.

Una topografía dislocada, dice Aira, dislocación de las leyes de la representación como hizo Escher. La poesía de Alejandra cumple con lo que decía Rimbaud: la tarea impuesta a la poesía es fijar vértigos.²

Para dislocar tiene que hurtarse de las leyes del discurso.³

El salto que da en esa poesía consiste en un saltar de sí, “he dado el salto de mí al alba”, luego en un segundo tiempo deja su cuerpo junto a la luz. En este punto, menciona Aira, hay un desdoblamiento clásico, el cuerpo que se separa del alma. En el tercer verso ese sujeto que se ha dado a luz, canta la tristeza de lo que nace. Se parte de sí. Se parte.

Una operación del mismo orden leemos en ese barco que “partió de mí llevándome”, se sale de sí.

Este recurso poético puede leerse como un testimonio escrito de una operación subjetiva de la poeta Alejandra.

La dislocación del sujeto se diferencia del desdoblamiento en el yo y el tú.

En este último caso los elementos de dicho desdoble son del mismo orden, es así como podemos entonces ubicarlos en la lógica de lo especular.

El salto en cambio, ese salto hacia otro lado, marca la heterogeneidad en ese sujeto del antes y el después. En el salto se ha producido una transformación. Es heterogéneo porque cambia el lugar de la enunciación.

Volviendo al sujeto podemos decir que el sujeto del enunciado es la máscara, el ropaje con el que se viste. El yo es máscara. Varias poesías de Alejandra se refieren a ello.

Esas vestiduras serán permanentemente deshojadas por la poeta, leemos en un poema: “*la que murió de su vestido azul está cantando*”⁴. El descaro de la figura poética “morir de su vestido” realiza el descascararse de sus vestiduras.

² Cesar Aira, “Alejandra Pizarnik”. Beatriz Viterbo editora.

³ idem

La división subjetiva delimita dos campos heterogéneos. El espejo de las analogías se rompe.

El drama de inadecuación es lo que padece el sujeto humano. De ahí nacemos como hijos del lenguaje, de esa inadecuación.

Inadecuación entre las palabras y las cosas, entre sujeto del enunciado y la enunciación, entre el decir y el dicho, entre el deseo y su objeto, etc.

En la desesperanza de sus últimos poemas la poeta declara: “las palabras no hacen el amor, hacen la ausencia”. Bella manera de aludir al precepto lacaniano de “no hay relación sexual”.

Las palabras hacen la ausencia, nos arrebatan el objeto, dice la poeta: “si digo agua ¿beberé?, si digo pan ¿comeré?” En la poesía de Alejandra, dice María Negroni: “No hay unión, ni amorosa, ni entre el ser humano y el mundo, ni entre el lenguaje y las cosas. No hay más que pérdida impotente de suprimir la escisión.”⁵

En algunos pasajes de su poesía logra sellar poéticamente esa rajadura cuando, como dice en Cantora Nocturna: “su voz corroe la distancia que se abre entre la sed y la mano que busca el vaso”⁶. Pero no deja de ser una escritura de la hiancia, de esos espacios de intervalo, y la heterogeneidad de los elementos, de la sed y la mano.

Al comienzo habíamos mencionado el miedo, miedo que la empuja a ocultarse en el lenguaje. Pero, ¿qué sucede cuando las palabras no guarecen, o cuando hacen la ausencia y dejan el mundo al descubierto, no cubren con un manto amoroso esa desnudez?

¿De qué tiene miedo?

*“ella tiene miedo de no saber nombrar lo que no existe”*⁷ dice en un poema.

Es el drama de la nominación.

En sus poemas está muy presente el tema del nombre y del nombrar.

Habíamos dicho que ella pierde el nombre de la infancia y asistimos en su poesía a los diversos modos de nombrarse.

⁴ En el poema: “Cantora nocturna”. Poesía completa. Alejandra Pizarnik. Ed Lumen.

⁵ María Negroni, “**El testigo lúcido**. La obra de sombra de Alejandra Pizarnik”. Beatriz Viterbo Editora.

⁶ En el poema: “Cantora nocturna” ibid

⁷ Poema 6 en “Árbol de Diana” ibid

Se nombra metaforizándose en figuras como: “la niña”, “la pequeña naufraga”, la viajera”, “la difunta”, imágenes especulares que va deshojando en los saltos de su poesía. La dislocación del sujeto le permite, al decir de Aira, “salir del encierro de la metáfora, que sustancializaba su personaje y la volvía un bibelot decorativo de la poesía argentina”⁸

Esos personajes caen como hojas de otoño, “caen niñas de papel” dice en El deseo de la palabra.

Otro modo de nombrarse es el acto mismo de la escritura. Es ese salto que mencionamos que escribe la partición del sujeto, su rajadura.

Podríamos hipotetizar que el trabajo de su escritura lleva en sí la pregunta:

¿Cómo nombrarse? ¿Cómo dejar de ser y nombrarse nombrando lo que no existe?

¿Cómo nombrarse de otro modo?

Haciendo resonar su nombre escribe:

*“te alejas de los nombres que hilan el silencio de las cosas”*⁹

Ahora bien, esta partición, esta herida es una herida que no cierra para Alejandra. Dice en otro poema:

“mi persona está herida

*mi primera persona del singular”*¹⁰

“15 o 20 horas escribiendo sin cesar, aguzada por el demonio de las analogías, tratando de configurar mi atroz materia verbal errante, porque – oh viejo hermoso Sigmund Freud- la ciencia psicoanalítica se olvidó la llave en algún lado:

Abrir se abre

*Pero ¿cómo cerrar la herida?”*¹¹

¿Por qué habría de ser cerrada? Tal vez no sea cerrar, si no inscribir de otro modo esa herida. Podríamos ampliar la pregunta: ¿Cómo circunscribir, circundar ese agujero, que funciona como un vórtice que atrae hacia sí la materia verbal?

⁸ Cesar Aira, “Alejandra Pizarnik”. Beatriz Viterbo Editora.

⁹ En: “Árbol de Diana” ibid

¹⁰ En el poema: “En esta noche, en este mundo” ibid

¹¹ En el poema: “Sala de psicopatología” ibid

Te alejas de los nombres que hilan el silencio de las cosas, dice.

Los nombres que hilan, las mujeres son las que tejen, dice Lacan. Ese hilo del que podemos tirar, el hilo de Ariadna, el hilo que permite salir del laberinto. El hilo de Alejandra.

El hilo y el silencio de las cosas, ¿no es eso lo que dibuja el borde de un agujero? ¿No es ese hilo del nombre el que permite circundar el vacío?

“La nominación es la única cosa de la que estamos seguros hace agujero”, dice Lacan.

Alejandra, pájaro, jaula, tejido, lenguaje, te alejas Alejandra

Un fonema: J. Retazo de su nombre.

Tejado, lenguaje, pájaro, significantes privilegiados que conllevan ese trozo de Alejandra que se ha volado de la jaula del Otro.

Ahora bien, decíamos que la nominación hace agujero ¿que pasa con ese agujero en Alejandra?

Hemos visto que en su escritura hay un precipitarse hacía ahí. Las palabras hacen la ausencia, no el amor. Hay algo que se ha roto, “esta melodía rota de mis frases” y parece no poder detenerse.

Dice en “EL infierno musical”

“La cantidad de fragmentos me desgarran

Un proyectarse desesperado de la materia verbal

Liberada a sí misma

Naufragando en sí misma”¹²

En otro poema:

“todo se desliza

hacia la negra licuefacción”¹³

¹² Del poema: “El infierno musical” ibid

¹³ En el poema: “En esta noche en este mundo” ibid

Es muy probable que ese desencadenarse de sus frases le haga decir cosas tan verdaderas.

Dos rasgos sobresalen en su escritura de este “precipitarse de su materia verbal”.

Uno: el arte que tiene para producir abismo en sus poemas., por ej.: *“mi caída sin fin a mi caída sin fin”*, para tocar el más allá de las palabras, *“en la cima de la alegría he declarado acerca de una música jamás oída, ¿Y qué? Ojalá pudiera vivir solamente en éxtasis, haciendo el cuerpo del poema con mi cuerpo...”* escribe en: “El deseo de la palabra”

En “Piedra fundamental, leemos: *“Yo quería que mis dedos de muñeca penetraran en las teclas. Yo no quería rozar, como una araña, el teclado...Yo quería entrar en el teclado para entrar adentro de la música para tener una patria.”*

Otro rasgo de su escritura que se lee mucho más en sus textos en prosa, es el juego con la materia fónica de las palabras. En estos textos prevalece el humor.

Por ej.: en francés escribe: “Innocence & Non sense” un juego que en castellano no se aprecia entre “inocencia y sin sentido”.

En el: “El textículo de la cuestión”, escribe: “Se dicen intelectuales, gente de letras, cagatintas chinas, y qué sé yo (sigue), dijo el erotólogo, calígrafo y polígrafo, Dr. Flor de Edicho Pú”. Después habla el profesor Sigmund Florchú.

“de la negra demonia de la verdad sea dicho”

“La pájara en el ojo ajeno”, “lectores pajericultos”, etc.

El abismo, el más allá de las palabras, la música jamás oída, el sin sentido y el humor, hilos donde se teje un goce singular del que la escritura de Alejandra da testimonio.

Elizabeth Barral

Anexo:

POEMA:

EL DESPERTAR

a León Ostrov

Señor

La jaula se ha vuelto pájaro
y se ha volado
y mi corazón está loco
porque aúlla a la muerte
y sonrío detrás del viento
a mis delirios

Qué haré con el miedo
Qué haré con el miedo

Ya no baila la luz en mi sonrisa
ni las estaciones queman palomas en mis ideas
Mis manos se han desnudado
y se han ido donde la muerte
enseña a vivir a los muertos

Señor

El aire me castiga el ser
Detrás del aire hay monstruos
que beben de mi sangre

Es el desastre
Es la hora del vacío no vacío
Es el instante de poner cerrojo a los labios
oír a los condenados gritar
contemplar a cada uno de mis nombres
ahorcados en la nada.

Señor

Tengo veinte años

También mis ojos tienen veinte años
y sin embargo no dicen nada

Señor
He consumido mi vida en un instante
La última inocencia estalló
Ahora es nunca o jamás
o simplemente fue

¿Cómo no me suicido frente a un espejo
y desaparezco para reaparecer en el mar
donde un gran barco me esperaría
con las luces encendidas?

¿Cómo no me extraigo las venas
y hago con ellas una escala
para huir al otro lado de la noche?

El principio ha dado a luz el final
Todo continuará igual
Las sonrisas gastadas
El interés interesado

Las gesticulaciones que remedan amor
Todo continuará igual
Pero mis brazos insisten en abrazar al mundo
porque aún no les enseñaron
que ya es demasiado tarde

Señor
Arroja los féretros de mi sangre

Recuerdo mi niñez
cuando yo era una anciana

Las flores morían en mis manos
porque la danza salvaje de la alegría
les destruía el corazón

Recuerdo las negras mañanas de sol
cuando era niña
es decir ayer
es decir hace siglos

Señor
La jaula se ha vuelto pájaro
y ha devorado mis esperanzas

Señor:
La jaula se ha vuelto pájaro
Qué haré con el miedo.

Alejandra Pizarnik